

06/10/11

¿Por qué Morena?

El Movimiento Regeneración Nacional A. C. (Morena) es para mí un soplo fresco de esperanza. Me voy a olvidar por hoy de las elecciones federales próximas e incluso de los partidos políticos. Hay mucho tiempo por delante para escribir sobre ellos.

Esta vez quiero referirme a la importancia que veo en un movimiento social, que tiene mucho de político sin serlo (todavía), para el futuro del país. Debe quedar claro que no soy contrario a los partidos, que no defiendo las mal llamadas candidaturas independientes ni mucho menos la imposible democracia directa (véase mi artículo en *Este País*, 246, octubre de 2011), pero el esfuerzo de organizar a la sociedad con y sin partido y hasta de varios partidos es algo que no había ocurrido en México desde hace muchos años. Intentos los ha habido, desde luego, pero no funcionaron bien o se fueron desdibujando con el tiempo hasta desaparecer.

Movimientos sociales hay muchos, hasta podría decirse que cada día surgen nuevos. Pero lo que este fenómeno demuestra es que la sociedad que quisiera organizarse carece de líderes que la aglutinen y el resultado es la dispersión que todos conocemos. El hecho mismo de que existan muchos movimientos y agrupaciones sociales demuestra, sin proponérselo, su debilidad. La atomización es signo de raquitismo, pues no es lo mismo muchos en *uno* que muchos *unos* sin identificación ni coordinación con otros. Morena es un movimiento con líder y compuesto por muchos que se identifican con este líder y con un proyecto de nación ampliamente difundido y alternativo en muchos sentidos al existente. Por si no fuera poco, es un movimiento plural, tanto que ha convocado a algunas personas que incluso me caen mal. Pero ni modo, ahí están, ahí estamos, y por ahora pospongo mis diferencias con quien las tenga. Es mi convicción de que sólo unidos podremos hacer algo positivo si son más las coincidencias que las diferencias.

No es la primera vez que tengo esta sensación de unirme y participar a pesar de pequeños desacuerdos y antipatías personales. Cuando me sumé al zapatismo chiapaneco, en 1994, hubo muchos aspectos con los que no estuve de acuerdo, pero ahí había un mensaje de cambio, de lucha, de esperanza y los mexicanos (y no pocos extranjeros) quedamos emplazados: o estábamos con el EZLN o no. No haber estado con los zapatistas era equivalente a darle la espalda a los más pobres de los pobres de México y otras latitudes. Era equivalente a traicionar todo aquello por los que los izquierdistas de años habíamos luchado. El punto clave en los primeros años del movimiento zapatista, cuando era incluyente más que lo contrario, era posponer las diferencias, que obviamente las había, y sumarnos con ellas y nuestras coincidencias para lograr lo que muchos deseábamos y todavía queremos: un país con justicia social, distribución de la riqueza, menores desigualdades, gente menos jodida. Las cosas no salieron bien y ni modo, pero hicimos lo que nos tocaba hacer. La historia, como bien lo sabemos los viejos, no se construye de un día para otro ni al primer intento.

Morena es otro esfuerzo de sumar y, nuevamente, una vez más, estamos convocados a estar con el grueso de quienes lo componen y su líder o darles la espalda, lo que equivale a apoyar al poder en sus mil disfraces y alianzas públicas o soterradas, pero poder al fin. Para mí es la hora de las definiciones, el momento de colgar del perchero nuestras diferencias y viejas discusiones, sumar y entre todos enriquecernos para las próximas elecciones y para más allá de éstas. Una frase que me gusta de López Obrador es que sólo

el pueblo puede salvar al pueblo. Una excelente síntesis. No puede ser de otra manera, y para que el pueblo pueda salvarse tiene que dar una batalla descomunal y ésta no se puede llevar a cabo con dispersión sino sólo unido en organización y propósitos. Esta es la clave. Morena, así como Asociación Civil, se enlaza con las elecciones más que con los partidos en general porque, con su organización en todo el país, está en condiciones de participar en las casillas electorales y cerca de éstas para evitar otro fraude como los habidos en 1988 y 2006. Igual importarán los votos de quienes pertenecen o se identifican con Morena. Votar por los candidatos de los partidos de la no muy conspicua izquierda, aunque tengamos diferencias con algunos, será también muy importante, pues de no hacerlo, de abstenernos o anular nuestro voto será equivalente a dejar que priístas, panistas y hasta verdes y gordillistas terminen por representarnos en el Ejecutivo y en el Congreso de la Unión.

Que quede claro que si las encuestas favorecen a Marcelo Ebrard y sus aliados panistas y perredistas (los *chuchos*), que espero no ocurra, me temblará tanto la mano a la hora de la votación que quizá se me pase el marcador y sin querer anule mi voto al cruzar más de un cuadrado. Ni modo, pero que conste que aún así trataré de votar por él pese a que tal vez no lo logre. Prefiero a López Obrador y espero, aquí sí, que las encuestas lo favorezcan. Es tan buen precandidato que todos los del poder o cercanos a éste están en su contra. Ningún otro precandidato podría decir —con orgullo y sinceridad— lo mismo en estos momentos, y la situación nacional, agravada por más de 25 años de priísmo y panismo neoliberales, ineficaces y sumisos a Washington, obliga a luchar por un cambio auténtico, aunque no sea ni pueda ser radical. Otra vez la historia: poco a poco.